

LA BAHÍA DEL ESPEJO

CATRIONA WARD

Traducción de Cristina Macía

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Looking Glass Sound*

Publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2023 por VIPER, que forma parte de Serpent's Tail, un sello de Profile Books, Ltd.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Catriona Ward, 2023

© de la traducción: María Cristina Macía Orio, 2023

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-1148-450-3

Depósito legal: M. 23.844-2023

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Edward Christopher McDonald

El Hombre del Puñal en la bahía del Silbador

*De las memorias inéditas de Wilder Harlow
Junio de 1989*

Me estoy mirando al espejo del baño mientras pienso en el amor, porque mi plan es enamorarme este verano. No sé cómo ni de quién. Afuera, la ciudad es un caos de caluroso alquitrán reblandecido. Tiene que haber alguien en Nueva York que... Ojalá no tuviera yo esta pinta tan rara. Ni siquiera pido que me correspondan. Solo quiero saber lo que se siente. Hago una mueca ante el espejo, me tiro del labio inferior hacia abajo para mostrar la cara interior y la encía. Luego, me tiro de los párpados inferiores también hacia abajo para que se me vean los ojos rojos.

—Hola —le digo al reflejo—. Te quiero.

Lanzo un grito cuando mi madre entra sin llamar.

—¡Mamá! ¡Intimidad!

—Si quieres intimidad, echa el cerrojo. —Me agarra por el brazo—. Venga, bicho. Hay noticias.

Me arrastra hasta la sala de estar donde el aire acondicionado ruge como una manada de leones. Mi padre tiene en la mano un papel.

—El testamento está validado —dice—. La casa es nuestra.

El papel se le mueve en la mano. No sé si es por el aire acondicionado o porque está temblando. Parece agotado. Se me ocu-

rre que lo bueno y lo malo se sienten igual cuando son muy intensos.

Papá se quita las gafas y se frota los ojos. El tío Vernon murió en abril. Papá lo quería mucho. Sube todos los veranos a verlo... bueno, subía. Nunca fuimos con él. Siempre decía:

—Vernon es un cascarrabias. No le gustan las mujeres ni los niños.

El tío Vernon era el último de ese lado de la familia. A los Harlow no se nos da bien lo de seguir con vida, así que el tío Vernon ha superado la estadística. Setenta y tantos años.

—La tenemos que poner a la venta de inmediato —dice papá—. Hay que venderla durante el verano. Sin duda.

Todos lo sabemos. Los sobres con marcas en rojo no dejan de llegar.

—Espera —dice mamá—. Vamos antes, ¿no? Antes de vender, digo.

—¿Qué?

Papá no hace más que limpiarse las gafas. Tiene los ojos enrojecidos, irritados.

—Unas vacaciones —dice mamá. Se mete detrás de la oreja un mechón de pelo imaginario, que es lo que hace siempre que se emociona por algo. No hemos ido de vacaciones desde aquel viaje a Rehoboth Beach, y entonces yo tenía siete años—. ¿Qué te parece, Wilder?

—Estaría bien —respondo, titubeante.

El océano parece buen lugar para enamorarse. Además, si vamos de vacaciones, igual mis padres se dejan de pelear. Se creen que no los oigo, pero los oigo. Por la noche hay susurros que se oyen más altos que los gritos.

—Te mereces unas vacaciones, bicho —susurra—. Estamos muy orgullosos de ti.

Ayer llamaron por teléfono. El colegio Scottsboro me va a dar otra vez la beca completa. Dejé que mi madre me abrazara. La verdad es que, al final del trimestre, las cosas se habían puesto muy feas en Scottsboro. Yo ya no podía más. Iba a clase a toda prisa para que los demás no me pararan por el pasillo, o me lle-

vaba un libro a la hora de comer para que no me miraran a los ojos. Así al menos podía fingir que no oía lo que decían de mí. Tenía las manos rojas y despellejadas de retorcer la ropa para escurrirla, las corbatas empapadas de agua del retrete y lejía, a veces de otras cosas.

La beca me permite asistir a Scottsboro, que es un colegio muy caro. Solo tengo que aguantar un par de años más. Algún día tiene que terminar. Aguanta, me digo una y otra vez. Luego iré a la universidad, y todo será diferente. Voy a escribir libros.

No les cuento a mis padres lo que pasa en Scottsboro. Eso haría que las cosas entre ellos se pusieran aún peor.

Salimos de la ciudad en un amanecer cálido de junio que promete otro día sofocante, y atravesamos los bosques en el coche. Retrocedemos por la estación como si viajáramos en el tiempo: el verano se va haciendo más nuevo y fresco a medida que nos dirigimos hacia el norte.

Por la tarde, dejamos la autopista. La hierba se vuelve alta y verde. Hay flores silvestres que no conozco. Los grillos cantan. La brisa cálida viene con sal.

Ya se acerca la noche cuando paramos al pie de una colina verde cortada por un sendero de gravilla que parece una cicatriz. La casita está en la cima, como una gaviota posada en un acantilado. Subimos sudorosos por la hierba, que vamos dejando marcada de surcos con las ruedas de las maletas. La casa está rodeada por una valla blanca con una puerta. Es de madera, tablones blancos y postigos azules, y creo que en mi vida he visto nada tan bonito, tan perfecto. El porche está adornado con hileras de conchas, y sobre la puerta se ven trozos de madera de pecio, casi plateados. Las hojas del arce susurran con la brisa, y por debajo se oye un gemido agudo, una nota larga y chirriante como una mala entonación.

Es la primera vez que lo oigo. Es el silbido que da nombre a la bahía. Suena como todas esas cosas en las que no hay que creer: sirenas, tritones, selkies.

La mano de mi madre sobre el hombro me devuelve a la realidad.

—Vamos adentro, Wilder —me dice, y me doy cuenta de que llevo un rato ahí sin moverme, con la boca abierta.

—¿Qué es eso que suena? —Me siento como si viniera de dentro de mí.

Papá, que está abriendo la puerta, se vuelve un momento.

—Son las rocas de la playa. La marea alta las ha erosionado, están llenas de agujeros, como los de una flauta. Y cuando el viento sopla del este, del océano, suena ese silbido. Bonito, ¿eh?

—Da miedo —digo.

—Ahora que lo dices... —Papá se queda pensativo—. Lo que sí da miedo es cómo encontraron al tío Vernon. Estaba en una de esas rocas, todas silbando a su alrededor, y tenía los ojos muy abiertos. Como si se lo hubieran llevado antes de su hora, como si los silbidos de la bahía del Silbador lo hubieran matado...

—Bobo —digo entre dientes, y lo sigo al interior de la casa.

El tío Vernon murió en el hospital por un infarto de miocardio.

Dentro de la casa todo es sencillo, blanco y azul, como una playa que el océano hubiera limpiado. En mi habitación hay una sola cama con mantas de lana basta y una ventana redonda como un ojo de buey.

—Por las noches, la ventana tiene que estar cerrada —dice mi padre—. Ha habido allanamientos en la zona. Por la mañana iré a comprar candados.

—Y ten cuidado si te metes en el agua —añade mi madre, ansiosa—. Todos los años se ahoga alguien.

—Sí, amada madre.

Me da un palmetazo en el brazo. A veces se enfada cuando me pongo «caradura», como dice ella, pero, por lo general, le gusta.

Abro el ojo de buey y me duermo con el sonido de las piedras y del mar.

Por la mañana, me despierto antes que mis padres. Nada más ponerme el bañador, me doy cuenta de que me queda pequeño. He crecido mucho desde el verano pasado. En Nueva York no me

había dado cuenta. Me pongo ropa interior y unas chanclas, cojo una toalla y salgo por la puerta trasera.

La bola roja que es el sol de la mañana está abrasando los últimos restos de niebla marina. Bajo por el sendero con la toalla al hombro. Los guijarros crujen bajo las chanclas.

En la playa, el sol ya ha caldeado las piedras; me quito las gafas y las pongo con cuidado en una roca. Siento un impulso y me quito también la ropa interior, y me meto desnudo en el mar. El agua me abraza con dedos de cristal. «¿Está revuelta el agua?», pienso por un momento. Pero el mar sigue tranquilo y fresco. Es como si me diera la bienvenida. «El mar es lo mío, y no lo sabía». Aun debajo del agua sigo oyendo el canto del viento en las piedras. Y también oigo una voz que grita. Salgo a la superficie tosiendo; el agua me chorrea por la cabeza.

En la orilla hay un chico y una chica. Parecen de mi edad. Ella viste un mono y un gorro de sol. Tiene el pelo de un rojo intenso, casi antinatural, parece de sangre. Lleva en la muñeca un reloj de hombre, de oro, aparatoso y anticuado. Le queda tan grande que hace que la muñeca parezca muy fina. «Vaya, qué deprisa», pienso, porque ya me he enamorado de ella.

Veo lo que tiene en la mano: un palo, y en la punta, mis calzoncillos. La chica arruga la nariz con cara de asco.

—Hay que ser pervertido para dejar la ropa interior en la playa.

El desprecio se mezcla de fábula con su acento. Es inglesa. No un inglés como los enrojecidos por el sol que veo por Times Square, sino de esos que pensé que solo existían en las películas. Con clase.

El viento hincha el tejido de los calzoncillos. Por un momento, parece que aún los llevo puestos y estoy ahí, invisible, forcejeando, empalado.

—Ey —le dice el chico—. Seguro que no sabía que aquí había alguien más. —Ese acento. ¿También es británico? Es alto, parece confiado, sociable. *Los chicos así son los que se llevan a las chicas*. Como para darme la razón, pone una mano en la espalda de la chica—. Devuélveselos, Harper.

Harper. Parece un nombre raro para una chica inglesa, pero le pega. Tal vez sus padres son muy lectores.

Gira el palo de mala gana hacia él. El chico se quita la camisa, coge mis calzoncillos y entra en el agua. Parece que no le importa que se le moje la ropa.

—¡Quédate ahí! —me dice—. Ya te los llevo yo.

Nada a brazadas largas, lentas, hasta donde estoy yo, en el centro de la cala.

—Ey, aquí tienes.

El acento no es británico. Me da los calzoncillos y luego vuelve a nadar hacia la orilla. Me los pongo como puedo, se me enredan en los pies, y luego nado yo también.

El chico le está diciendo algo a la chica y ella se ríe. Siento una punzada de miedo, *se están riendo de mí*. Pero luego le pone la mano en la espalda a Harper y le señala algo tierra adentro, en el acantilado. Me doy cuenta de que ha vuelto a ser amable conmigo, de que se está asegurando de que pueda salir del agua con un poco de intimidad.

Me arrebujó en la toalla con un escalofrío. Me había parecido que aquel lugar tenía algo especial por la mañana, pero no. El mundo es igual en todas partes. Todo es como el colegio.

—Ya nos veremos —digo, y echo a andar sendero arriba.

Siento sus ojos clavados en la espalda mientras subo por la pendiente. Las rocas lanzan su silbido malévolamente y me apresuro para escapar de la mirada de los chicos y del sonido, que parece que van juntos. Me meto en la casa y me quedo allí hasta que ha pasado mucho rato desde que los oí subir de la playa y pasar de largo, desde que sus pisadas se perdieron colina abajo hacia la carretera.

¿Qué relación habrá entre ellos? A lo mejor salen juntos. A lo mejor lo hacen. Hacen eso. No sé tanto sobre eso como para adivinarlo. Él la toca con una seguridad cómoda, pero no he visto ningún indicio de romanticismo entre ellos. O no como me han hecho imaginar las películas.

Había planeado escribir en el diario todos los días que esté aquí, pero no quiero anotar lo que me ha pasado esta mañana.

Me lavo la cara una y otra vez con agua fría antes del desayuno para que mis padres no me vean los ojos rojos ni ningún otro rastro de las lágrimas.

Tengo tantas ganas de volver a casa que lo noto en la boca. Recuerdo mi sitio de siempre en la biblioteca, casi al final de una de las mesas largas, con esas lámparas de pantalla verde de cristal que proyectan círculos de luz cálida. Ahí todo el mundo te ayuda a entender lo que no entiendes.

—Venga, colega —me dice mi padre—. Tienes que salir un poco. No te puedes pasar las vacaciones metido en tu cuarto.

Así que voy con él a hacer recados a Castine. No hay manera de evitarlo.

Estoy en la calle, esperando a que salga de la oficina de correos, y miro con desánimo los sacos de pienso para pollos que hay ante la tienda. Paseo por la acera. A veces, uno está muy solo con su familia.

Una camioneta se detiene con un chirrido de frenos junto a la otra acera, ante una tienda de fachada alegre azul y blanca. «Pescado fresco», dice el cartel. La camioneta está destartalada, oxidada, con abolladuras infinitas. Seguro que el conductor bebe, me digo, perspicaz. Se me ocurre una frase. «Junto al mar, la pintura se estropea enseguida. Puede que la mente, también». Igual la escribo luego.

Un hombre delgado con chaleco sale de la camioneta. Manipula unas cajas y neveras, y enseguida me llega el olor intenso a pescado crudo. Lo miro con interés. Parece muy seguro, descarga la camioneta con movimientos rápidos, decididos; de cuando en cuando escupe un jugo marrón a la alcantarilla. «Un hombre de mar», pienso. Tiene la piel curtida, tan tostada como el cuero de unos zapatos, pero los ojos son de un azul cálido y resaltan en el rostro arrugado. Me lo imagino viviendo en una cabaña de madera, descolorida por el sol y la sal hasta que parece de plata, junto al agua; sale con su bote todos los días antes del amanecer. Hay alguna tragedia en su pasado, seguro. Tiene el aspecto duro y triste de un vaquero de película. Pero es un vaquero del mar,

que todavía mola más. Me refugio entre las sombras de un callejón. No quiero que vea que lo miro.

Suena una campana y sale de la tienda azul y blanca una joven que lo saluda como si fueran amigos. Él responde con un ademán de la cabeza. La chica tiene los ojos hinchados y la nariz roja. Me doy cuenta de que ha estado llorando y siento un ramalazo de solidaridad hacia ella. O igual tiene un resfriado. Se suena la nariz con energía y se guarda el pañuelo de papel en el bolsillo. Mete las cajas a través de la puerta tintineante y las vuelve a sacar vacías. La campana anuncia sus entradas y salidas con alegría. No es un resfriado, ha estado llorando, fijo. De hecho, sigue llorando. Le brillan lágrimas nuevas en la cara. Se las seca con movimientos imperceptibles.

—Lo siento —oigo que le dice al pescador, como si lo estuviera ofendiendo de alguna manera.

El hombre asiente con gesto amable. El mundo está lleno de pesar, parece decir su silencio. «Puede que fueran amantes —pienso, emocionado—. Tal vez él la abandonó».

Cuando está dentro de la tienda el contenido de las doce cajas, la joven le tiende un fajo de billetes. El hombre los coge y se vuelve hacia la camioneta. Ella entra en la tienda, y el pañuelo de papel con que se ha secado las lágrimas se le cae del bolsillo. Él lo ha debido de ver por el rabillo del ojo, porque se da la vuelta a toda prisa y lo recoge antes de que se lo lleve el viento. Es un acto de bondad, de humildad, recoger un pañuelo en lugar de la chica que llora para que no acabe en la calle y en el mar.

Como si notara que lo miro, el hombre se da la vuelta y recorre la calle con los ojos, que se le iluminan de diversión al verme.

—Ey —dice—. ¿De quién te escondes?

Salgo de detrás de la casa con timidez.

—¿Quieres que te lleve? ¿Me ayudas a recoger otra carga del muelle?

Señala el asiento del copiloto con gesto despreocupado, amistoso. Aquí la gente no habla mucho, pero siempre tienen esos pequeños gestos.

—No puedo —respondo con pesar—. Tengo que esperar a mi padre.

Asiente despacio y luego se vuelve a meter en la camioneta para alejarse con un rugido calle arriba, en dirección al océano. Ojalá hubiera ido con él. Me habría gustado ver el muelle.

—¡Buuu! —me grita alguien, y pego un salto.

Es el chico de la playa.

—El otro día te marchaste corriendo —dice. Está aún más relajado y bronceado de lo que me pareció—. Soy Nat. Nathaniel.

—¿Cómo Hawthorne?

—Me apellido Pelletier.

—Me refiero a Nathaniel Hawthorne, el escritor. —Veo que parece incómodo—. Yo me llamo Wilder —añado a toda prisa—. Es un nombre raro. Llámame Will. —Hace tiempo que quiero que me llamen Will.

—Nah, Wilder es genial. —Lo pronuncia como el «nah». «Wildah»—. Suena a campeón de lucha libre. Salvaje, pero más.

—Soy Wildah —repito, y la verdad es que, tal como lo dice él, no suena nada mal. Parece sacado de una obra de teatro.

Me da un amago de puñetazo en un brazo fingiendo enfado. Me río y se ríe.

—No te preocupes por lo de Harper —me dice—. Es rica, así que no le hace falta tener modales.

Me río otra vez porque parece que está de broma, pero es verdad que la chica no parecía tener modales.

—¿Quieres ir a nadar luego con nosotros? Vamos a bajar por la tarde. Y encenderemos una hoguera.

Titubeo. Quiero ir, pero también me da miedo. No sé hablar con la gente.

Voy a decirle que no a Nat cuando mi padre sale de la oficina de correos y me llama.

—Tengo que irme —digo.

—Iremos a la bahía a eso de las cinco —me responde, y una parte de mí se alegra de que, por lo visto, quiera que seamos amigos. Otra parte se pone nerviosa porque, por lo visto, todo se ha decidido sin que yo intervenga.

No soy idiota, no voy a ir con ellos. Cuando lleguen, haré como que estoy ocupado.

Nat, Harper y yo estamos sentados en la arena, en silencio, un poco incómodos, concentrados en las olas que vienen y van. La marea se está retirando. La arena húmeda de la bahía es gris y resbaladiza, repulsiva, como vísceras. No tendría que estar a la vista. Detrás de nosotros, en la playa, la hoguera arde de mala gana. Ha resultado que no se nos da muy bien encender fuego. A la luz escasa de sombras largas, Harper resulta aún más bonita. Me parece que tiene el rostro delicado y anguloso de un hada o de un niño astuto, y al momento me dan ganas de anotar ese pensamiento para utilizarlo luego. Siento un cosquilleo de agitación en los pantalones y hago un esfuerzo por no volverla a mirar. Siento su presencia junto a mí, cálida como un pequeño sol.

—Lo siento —dice Harper—. El otro día fui una bruja.

—No, déjalo —respondo con cautela—. O sea, solo era una broma.

Es lo mejor que le puedes decir a la gente que te puede hacer daño. Así les quitas la presión.

—No, me porté fatal. A veces me dan esos prontos. Aunque no quiera. —Hace una pausa—. Es porque todo fue un poco confuso. Eres un poco raro...

Se detiene, y me da un poco de pena. Está haciendo un esfuerzo por no decir nada hiriente.

—Ya lo sé. Me lo dicen todo el tiempo.

La gente se hace una opinión sobre mí enseguida por mi aspecto. Tengo los ojos muy grandes, cosa que en principio está bien. Pero son demasiado grandes, como los de los gálagos, esos monitos que los tienen enormes para ver de noche. Y muy claros. Tan claros que casi no se ve de qué color son. Se me funden con la piel, que también es muy blanca. Este verano me pienso broncear a ver si parezco normal, no una especie de insecto.

—Sí —dice Nat—. El tío que vivía antes aquí tenía los mismos ojos, el mismo... color. —Entrecierra los ojos y se echan un poco hacia atrás para mirarme—. Eres como él, pero en joven. Tam-

bién bajaba a nadar por las mañanas. —Hace una pausa—. Era majo, a veces hablábamos. Le gustaba sacar fotos de la costa.

—¿No se murió? —dice Harper—. ¿Eres un fantasma?

—Era mi tío Vernon —respondo—. Y sí, se murió.

—Eh, Harper. —Nat habla con voz amable, pero la chica lo mira y se sonroja.

—Perdona —dice—. A veces me meto donde no me llaman.

—No pasa nada. Yo no lo conocí. Mi padre dice que es la pinta de los Harlow. Ojos grandes de insecto, piel muy blanca.

Me arriesgo a mirar de reojo a Harper. Ella también tiene la piel muy blanca, pero cremosa, con pecas doradas. Al menos parece un ser humano, mientras que yo, no, lo sé muy bien. Tirita un poco y me dan ganas de darle mi jersey, pero no lo hago. Lo he visto en las películas, el chico le da el jersey a la chica, pero yo nunca lo he hecho, y tampoco he hablado nunca con una chica, y me da corte.

—¿Dónde estudiáis? —les pregunto.

—Yo, en el instituto Edison, en Castine —dice Nat—. Vivimos en la orilla.

He visto las casas de la orilla. Son de madera plateada, con parches de aluminio en muchos tejados.

Nat lleva unos pantalones tejanos cortos deshilachados y una camiseta desteñida de los Red Sox que le queda grande. Siento una punzada de culpa. Los chicos de Scottsboro me llaman «pobre» tantas veces que me he acostumbrado. Mi madre les saca el dobladillo a los pantalones del uniforme en lugar de comprarme unos nuevos. Me dan una beca para los libros de texto. Pero ahora tengo que recordar que no soy pobre.

—Yo me voy al internado en otoño —dice Harper, y suspira—. Es de los buenos, y a mí los estudios se me dan fatal, así que seguro que me echan. Acabaré en el Fairview.

He oído hablar del Fairview. Es donde las familias con dinero mandan a sus hijas cuando ya no les queda otra salida.

—La verdad es que soy carne del Fairview —sigue Harper con aire melancólico—. Es una escuela de mierda para los que son una mierda en la escuela. Lo sabe todo el mundo. Lo sé hasta

yo. —Frunce el ceño y dibuja en la arena con un palito—. Quiero irme a casa.

—Ah. Bueno, adiós. —Se me encoge el corazón, pero al menos he estado una hora con ella.

—Al Reino Unido, quiero decir.

—Pues se te va a hacer de noche en el camino —dice Nat.

—Qué gracioso. —Suspira—. No quiero ir a un internado. Voy a echar mucho de menos a Samuel.

—¿Quién es Samuel? —pregunto con tono despreocupado pese a la lanzada de celos que se me ha clavado en el costado.

No sabría decir si he disimulado bien o no.

—Ah. Mi perro —dice Harper—. Es un perro salchicha. Es pequeño, pero no se porta como los perros pequeños. Tiene dignidad. Se lo van a dar a la asistenta, o eso me dicen. Seguro que es mentira. Seguro que le van a poner la inyección. Es precioso, y siempre sabe cuándo tengo miedo, y viene a mi lado. —Se levanta y se sacude la arena de las manos—. Bueno, me tengo que ir. Está oscureciendo.

—¿Te acompaño? —dice Nat.

—Mejor no. No les gusta.

Se miran. Me muero de envidia ante la intimidad natural que los une. Una vez más, me pregunto si lo estarán haciendo.

Los dos la miramos alejarse camino arriba a la luz cada vez más escasa, hasta que llega a la cima y desaparece contra el cielo púrpura. Nat se vuelve a acomodar en la arena.

—A Harper la han echado de todos los colegios de Inglaterra.

—¿Por qué?

—Acabamos antes diciendo por qué no. Por todo. Porque *no confía en las estructuras institucionales de autoridad*. —Su imitación del tono de clase alta de Harper es muy buena.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Un par de años. Su familia viene todos los veranos.

—¿Estáis... no sé... saliendo?

—No.

—Pensaba que sí.

—No. Pero estoy enamorado de ella —dice.

—¿Qué? —Es escandaloso decir cosas así en voz alta. Como desnudarse en público.

—He dicho que estoy enamorado de ella. Y algún día conseguiré que se enamore de mí.

—Pero... eso... esas cosas no se dicen. —Tengo los puños apretados, y no puedo atribuir la rabia a nada racional, lo que hace que esté aún más rabioso—. Eso es privado, te lo tienes que guardar para ti...

—Tú te lo guardas, o más bien lo intentas —replica con un repentino ataque de cólera—. Pero no es que se te dé muy bien. No paras de mirarla cuando crees que no te mira. Y ni siquiera la puedes mirar a los ojos. Parece que nunca hayas visto a una chica.

—No es que tú estés mucho mejor —respondo—. ¿Cuánto tiempo llevas con ganas de cogerla de la mano?

—Pues más lejos que tú sí he llegado —dice con seguridad, y sé que tiene razón.

Lo hago sin pensar. La palma de mi mano se le estrella contra la mejilla. Se lleva los dedos a la marca roja que le he dejado.

—¿Me has dado una bofetada? —pregunta muy despacio.

Retrocedo justo cuando me lanza un puñetazo a la cara, y me acierta en el esternón, sobre el corazón. El pecho me estalla de dolor y me atraganto. Me lanzo contra él, le doy golpes en la cara, en el pecho, en cada punto que encuentro. No se me da bien pelear, pero me parece que a Nat tampoco, porque ninguno de los dos consigue conectar un buen golpe. Me deja un ojo morado, yo le marco la cara.

Pelemos hasta que tosemos arena y la tenemos metida en cada rendija del cuerpo, hasta que estamos agotados, jadeantes. No parece que ninguno de los dos vayamos a ganar, así que paramos por una especie de consenso mutuo, rodamos para alejarnos el uno del otro y nos quedamos tumbados de espaldas.

—Lo siento —digo titubeante—. Es que pensaba que estabais... ya sabes. Juntos.

—No —responde—. Somos amigos. —Suspira—. Al principio pensé que tú y yo podríamos ser amigos también.

—Ya, ya. Yo también. Pero no podemos si los dos estamos enamorados de ella.

—Tendremos que serlo —dice Nat—. Amigos. Y seguir enamorados de ella.

Tiene razón. No es posible evitar ninguna de las dos cosas.

—No podemos pasarnos la vida peleando.

—Tenemos que llegar a un acuerdo o algo.

—Vale —digo—. Venga, primera regla: nada de trampas ni de ir por la espalda. Tenemos que prometer que, desde hoy, ninguno de los dos irá a por ella. ¿De acuerdo?

—Y no se lo podemos contar —responde—. Eso también es una regla. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Le estrecho la mano. Se palpa el pómulo y hace una mueca.

—Menos mal que mi padre está pescando de noche. Luego duerme durante el día. No me va a ver a la luz hasta dentro de una semana. —Hace una pausa—. Pero ha sido divertido. Buena pelea.

Echamos arena a patadas para apagar la hoguera y subimos por el camino.

—Hasta mañana —se despide.

Me da miedo que mis padres me vean con el ojo morado, pero resulta que no hay de qué preocuparse. Mi madre me pone árnica en la cara mientras chasquea la lengua para mostrar su desaprobarción.

—No pasa nada —digo—. Ya somos amigos. Nat y yo.

—¿Así haces amigos? ¿Con riñas?

Parece que le hace gracia, y me doy cuenta de que cree que lo de las riñas es saludable para un chico de mi edad.

Al día siguiente Harper y Nat están ante la valla blanca nada más desayunar.

Harper me mira el ojo.

—Caramba —dice, más inglesa que nunca.

Emana un cierto olor agrio.

—Ya te lo he contado —dice Nat—. Tropecé, me agarré a Wilder y nos caímos rodando por el camino. —Se vuelve hacia mí—. Vamos a salir en el bote. Ya está en el agua.

Harper baja por los guijarros con excesiva cautela.

—Mejor no resbalar —dice como si hablara sola, y me lanza una mirada.

El bote se mece en el agua a la luz de la mañana. Tiene astillas sueltas y la pintura descascarillada. Lleva el pasado escrito. «Siren», dice la caligrafía negra insegura de la popa. El motor que cuelga por el exterior de la borda deja un fino reguero de aceite en el agua.

Solo hay dos chalecos salvavidas y, tras discutir un rato, acordamos que la única solución es que ninguno nos lo pongamos.

—Si muere uno, morimos todos —digo. Me gusta.

—Vosotros dos ya lleváis camino adelantado en lo de morir —dice Harper.

Me clava unos ojos de águila. Se quita el enorme reloj de oro y lo guarda con cuidado en una bolsita hermética que mete en el armario que hay bajo el banco.

El pequeño motor resopla contra el agua. Ponemos rumbo a mar abierto, hasta perder de vista la tierra, en busca de tiburones blancos. Cuando el agua de un color azul intenso nos rodea en todas direcciones, Nat para el motor. Por turnos, saltamos por la borda hacia las profundidades, gritamos con la sorpresa del agua helada, se nos acelera la respiración, nos imaginamos monstruos que se mueven pausados bajo nosotros. No vemos ningún tiburón, y no tardamos en sentirnos muy solos rodeados de agua. Cuando volvemos a ver la orilla, gritamos de alivio como si lleváramos días enteros a la deriva.

Recorremos la costa despacio; pasamos ante casas que se alzan en la cima de acantilados, de colinas cubiertas de pinos oscuros, de prados verdes salpicados de margaritas. En una zona aislada, sorprendemos a una familia de focas tumbadas al sol en una cala solitaria, en las rocas. Nos ven pasar sin inmutarse. Nos siguen con esos extraños ojos redondos, pero no se mueven. Saben que no somos una amenaza. Ahora somos parte del océano.

Harper habla de Grace Kelly. Le encanta Grace Kelly. Es como si las palabras la llenaran al máximo y tuviera que soltarlas. Su

manera de hablar es casi impersonal, una liberación mecánica que no tiene la comunicación como objetivo.

—Qué control —murmura Harper al mar—. Como actriz, como mujer. Siempre dijo la verdad, pero era como un castillo que ella misma hubiera construido. Nadie podía llegar hasta su auténtico yo. Era perfecta. Se creó seguridad en un mundo peligroso.

—Harp. —Nat la roza con delicadeza con un pie, y ella se sobresalta.

—Lo siento —dice—. Es que los actores me parecen sagrados.

Harper habla también de su perro.

—Lo que más echo de menos de Samuel es cómo me protegía de mi padre —dice. Se incorpora de repente y escudriña los acantilados—. ¿Crees que el Hombre del Puñal nos está vigilando?

—No hace falta que hablemos de eso —replica Nat. Una expresión de incomodidad rara en él le cruza por el rostro—. Mete miedo.

—Yo creo que sí nos vigila. Está esperando que lleguemos a la orilla en algún lugar alejado y entonces irá a por nosotros rápido como una sombra, con el puñal en la mano.

Alza el puño como si fuera a dar una puñalada. El pelo rojo le cae sobre la cara, que tiene una expresión sombría y aterradora.

—¿De qué habláis? —pregunto.

—De un tío que está entrando en las casas por aquí —dice Harper—. El Hombre del Puñal. ¿No lo sabías? Claro, no eres de la zona, así que nadie te cuenta nada.

No le respondo que tener una casa grande y venir un mes al año tampoco la convierte en alguien de la zona.

—Pues cuéntamelo tú.

—Fue el año pasado —empieza Harper—. Alguien forzó la puerta de algunas casas. Casas de gente de fuera, no de la zona. Pero lo gordo es...

—Hace fotos de la gente mientras duermen —dice Nat—. No es para tanto, se le da más importancia de la que tiene.

—Solo se hace fotos de los niños —replica Harper—. Y claro que tiene importancia. Se cree que hace fotos de los niños porque los puede controlar si se despiertan. Luego, se va. Y no se lleva nada. La familia ni se da cuenta de que alguien ha entrado en su casa.

—Entonces, ¿cómo...?

—Manda las fotos —dice Harper—. Polaroids. Se lo he oído a mi padre. A la policía, a las familias. Niños dormidos. Y dicen que en las fotos se ve un puñal contra el cuello del niño. Les ha pasado a los Mason y a los Bartlett, y a más familias, pero no las conozco. Da igual, se acabó el verano pasado. Eso sí, la gente está en vilo por si vuelve a empezar.

—Nosotros no somos niños —digo—. No nos pasará nada.

Me siento incómodo. Y también tengo otras sensaciones. Le miro la mano, con la que a menudo se aprieta la rodilla o el muslo cuando quiere dar énfasis a lo que dice, o como para estabilizarse. Tiene las uñas mordidas hasta la raíz y una tirita vieja, sucia, en torno al pulgar. El vello de sus piernas es rubio dorado, y cuando el sol le da en cierto ángulo parece alambre fino. Alzo la vista. Harper me está mirando.

—Su nombre —dice sin apartar la vista—, yo lo digo como si fuera una sola palabra, *hombredelpuñal*, *hombredelpuñal*...

—Para. —Tengo la sensación de que, si lo repite por tercera vez, pasará algo.

—¡He cogido uno! —grita Nat desde la parte de delante del bote, y los dos pegamos un respingo como si despertáramos de un sueño.

Nat le quita el anzuelo al pez, que se retuerce, cae contra la proa y se revienta la cabeza para soltar su contenido bajo el sol. El cuerpo es largo, hermoso, ensangrentado.

—Una lubina —dice, y la mete en la nevera de pícnic.

Llevamos el bote a una diminuta playa blanca, poco más que una lengua de arena. Nat coge unas ostras que crecen donde el agua le llega a la cintura. Las abre con el cuchillo de ostras.

—Me lo hizo mi padre —dice con orgullo—. Mola, ¿eh? —El mango del cuchillo es de nogal, pulido del uso, aunque se sigue viendo el grabado de peces diminutos—. Me lo dio de regalo cuando cumplí siete años.